

Infeliz! Su desgracia le reservaba para las balas francesas.

XIII.

La catástrofe.

Lúgubre fué la derrota de los franceses á espaldas de la Guardia. El ejército se replegó bruscamente á la vez en Hougomont, en la Haie-Sainte, en Papelotte y en Plancenoit. Al grito de ¡traición! sucedió el de ¡sálvese el que pueda! Un ejército desbandado es como un deshielo general; se rinde, cede, estalla, flota, rueda, cae, choca, empuja y se precipita en maldita dispersion. Ney toma otro caballo, lo monta, y sin sombrero, sin corbata y sin espada, se planta en medio de la calzada de Bruselas, deteniendo á la vez á ingleses y á franceses. Trata de detener á su ejército, lo llama, lo insulta, lucha á brazo partido con la derrota, pero las oleadas de los fugitivos pasan adelante y sus soldados huyen de él, gritando: *Viva el mariscal Ney!* Dos regimientos de Durutte van y vienen, azorados y llevados de una parte á otra entre los sables de los hulanos y el fuego de fusilería de las brigadas de Kempt, de Best, de Paek y de Rilandet; la derrota es la peor de las confusiones: por huir, los amigos se matan unos á otros; los escuadrones y los batallones se chocan y dispersan unos contra otros: Loban á un extremo y Reille al otro, son arrollados por el sangriento torrente. En vano Napoleon forma una muralla con los restos de su Guardia imperial; en vano utiliza, como último esfuerzo, los escuadrones de su servicio. Quiot retrocede ante Wivian, Kellerman ante Vandeleur, Loban ante Bulow, Moran ante Pirch, Dumon y Suberoie ante el príncipe Guillermo de Prusia. Guyot, que entró á la carga con los escuadrones del emperador, cae á los pies de los dragones ingleses. Napoleon corre al galope en pos de los fugitivos; les arenga, les estrecha, les amenaza y les suplica inútilmente. La caballería prusiana, que entró de refresco en la pelea, se lanza, vuela, acuchilla, raja, hiende, mata y extermina. Los atalajes se arremolinan, los cañones se sueltan; los soldados del tren desenganchan las arcas, toman los caballos, montan y huyen; los furgones, volcados y con las ruedas en alto, embrazan el tránsito y ocasionan muertes violentas. Los fugitivos se aplastan, se atropellan y andan por encima de los

muertos y de los vivos. Muchedumbre vertiginosa llena los caminos, los senderos, los puentes, las llanuras, las colinas, los valles y los bosques, atestados por aquella evasión de cuarenta mil hombres. Horribles gritos de desesperación, mochilas y fusiles arrojados en los campos; abriéndose paso á sablazos, sin haber ya allí ni compañeros, ni oficiales, ni generales; indescriptible espanto; Zieten acuchillando á Francia á su sabor; los leones convertidos en ciervos; tal fué la fuga de Waterlloo.

En Genappe parte del ejército intentó volver, hacer frente y tener á raya al enemigo. Loban reunió trescientos hombres, que se fortificaron á la entrada de la aldea; pero cuando recibieron la primera descarga de la metralla prusiana, huyeron todos y Loban quedó prisionero. Todavía se ven las huellas de la metralla impresas en la pared de una casa vieja, construida de ladrillos, á la derecha del camino, poco antes de llegar á Genappe. Los prusianos se lanzaron dentro de dicha aldea, furiosos sin duda por haber vencido á tan poca costa. Fué monstruosa la persecución que sufrieron los fugitivos; Blücher ordenó su exterminio. Rouget habia dado antes el lúgubre ejemplo de amenazar con la muerte al granadero francés que le llevase un prisionero prusiano vivo, pero Blücher fué más allá que Rouget. Duhesme, general de la Guardia joven, acorralado en la puerta de la posada de Genappe, entregó la espada á un húsar de la Muerte, que la tomó y mató al prisionero. La victoria terminó con el asesinato de los vencidos. Castiguemos, ya que representamos á la historia. El viejo Blücher se deshonoró, y su ferocidad colmó el desastre. La derrota desesperada atravesó Genappe, Quatre-Bras, Sombrefe, Franes, Thin, Charleroy, y no se detuvo hasta la frontera. ¿Quién huía de ese modo?

El grande ejército.

¿Acaso dejó de tener causa ese terror, la caída del más alto valor que ha admirado la historia? No. La sombra de una resta enorme se proyectaba sobre Waterlloo. Esa línea sombría es la jornada del destino. Fuerza superior á la del hombre produjo ese día; por eso el pánico se apoderó de los bravos y todos aquellos héroes rindieron las espadas. Los que vencieron á la Europa cayeron aterrados, sin decir ni hacer nada, viendo en las tinieblas la presencia terrible del hado. *Hoc erat in fatis.* Aquel día cambió

la perspectiva del género humano; Waterlloo es el gozne del siglo diez y nueve. Se necesitaba la desaparición del grande hombre para el advenimiento del gran siglo, y de efectuarlo se encargó Aquel á quien nadie puede oponerse. Solo así se explica el pánico de los héroes. En la batalla de Waterlloo hubo algo más que nubes, hubo un meteoro. Dios pasó por allí.

Al caer la noche, en un campo próximo á Genappe, Bernard y Bertrand detuvieron y asieron por el faldon de la levita á un hombre sombrío, pensativo y siniestro, que, arrastrado hasta allí por el torrente de la derrota, acababa de echar pié á tierra, habiendo pasado por debajo del brazo la brida del caballo, y que con la mirada extraviada se volvía hácia Waterlloo. Era Napoleon, que intentaba aun ir adelante, sonámbulo inmenso de aquel sueño desvanecido.

XIV.

El último cuadro.

Algunos cuadros de la Guardia, inmóviles en el torrente de la derrota como rocas entre el agua corriente, se sostuvieron hasta la noche; cuando ésta llegó en compañía de la muerte, esperaron á esa doble sombra y se dejaron envolver en ella inquebrantables. Cada regimiento, aislado de los demás y sin lazo alguno ya con el ejército deshecho, moría por su cuenta. Para este último acto cada cual tomó sus posiciones: unos regimientos se situaron en las alturas de Rossomme, otros en la llanura de Mont-Saint-Jean. En dichos puntos, abandonados, vencidos y terribles, aquellos cuadros sombríos agoñizaban heroicamente. Las victorias de Ulm, de Wagram, de Jena y Friedland morían con ellos.

A la hora del crepúsculo, hácia las nueve de la noche, solo quedaba un cuadro en la parte baja de la meseta de Mont-Saint-Jean. En su valle funesto, al pié de la pendiente por la que habían trepado los coraceros, y que inundaban ahora las masas inglesas, luchaba aun un cuadro, sufriendo los fuegos convergentes de la artillería enemiga y victoriosa, recibiendo horrible cantidad de proyectiles. Lo mandaba un oficial desconocido llamado Cambronne. A cada descarga que recibía el cuadro mermeaba éste, pero respondía; con la fusilería contestaba á la metralla, estrechando

continuamente sus cuatro caras. Los fugitivos se detenían á lo lejos para tomar aliento, y escuchaban en la oscuridad aquel trueno sombrío, que cada instante decrecía.

Cuando la legion francesa se vió reducida á un puñado de hombres, cuando su bandera era ya un harapo, cuando los fusiles agotaron las balas y se convirtieron en bastones, cuando el monton de los cadáveres era más numeroso que el de los vivos, invadió á los vencedores como terror sagrado hácia aquellos sublimes moribundos, y la artillería inglesa calló para tomar aliento, dándoles unos instantes de tregua. Los combatientes tenían á su alrededor hormiguero de espectros, siluetas de hombres á caballo, el negro perfil de los cañones, el cielo blanco visto al través de las ruedas y de las cureñas. La colosal cabeza de muerto que los héroes entrevén siempre entre el humo en el fondo de la batalla, avanzaba hácia ellos y les miraba. Oyeron cargar las piezas en la semi-oscuridad crepuscular, vieron las mechas encendidas, que parecían ojos de tigre en la sombra, formando un círculo en torno de sus cabezas; los botafuegos de las baterías inglesas se acercaron á los cañones, y entonces, conmovido al suspender sobre aquellos bravos el último momento, el general inglés Colville, según dicen unos, ó el general Maitland, según dicen otros, les gritó:—“¡Rendíos, valientes franceses!” Cambronne contestó:—“Mierda!”

XV.

Cambronne.

El respeto que debe guardarse á los lectores no debe llegar hasta el punto que la historia no repita la palabra quizá más sublime que ha dicho un francés, porque esto equivaldría á prohibir que la historia consignase rasgos notables.

De nuestra cuenta y riesgo infringimos esa prohibición.

Entre aquellos gigantes hubo un Titán, y éste fué Cambronne.

¿Hay algo más grande que pronunciar dicha palabra y morir en seguida? Porque querer morir es morir, y no fué culpa suya si sobrevivió al ametrallamiento.

El que ganó la batalla de Waterlloo no fué Napoleon, que quedó allí derrotado; no fué Wellington, que se replegó á

las cuatro y se creyó perdido á las cinco; no fué Blücher, que no combatió; el que ganó la batalla fué Cambronne, porque fulminar el rayo que os mata es vencer. Dar esa respuesta á la catástrofe, decir eso al destino, dar la base al leon futuro, arrojar esa réplica á la lluvia de la noche, á la muralla traidora de Hougomont, al barranco de Ohain, al retardo de Grouchy, á la oportunidad de la llegada de Blücher; ser la ironía en el sepulcro, saber quedar en pié despues de haber caído, ahogar en dos sílabas la coalicion europea, ofrecer á los reyes las letrinas que ya conocieron los Césares, convertir la última de las palabras en la primera, comunicándola el brillo de la Francia; terminar insolentemente Waterlío con un martes de Carnaval, completar á Leonidas con Rabelais, resumir esa victoria en una palabra suprema, imposible de pronunciar; perder la tierra y ganar la historia, y poner de su parte, despues de la carnicería, al público que rie, es conseguir un gran éxito, es insultar al rayo, es alcanzar la grandeza de Esquilo.

La palabra de Cambronne produce el efecto de una fractura; es la fractura del pecho causada por el desden; es el desbordamiento de la agonía que hace explosion. Quién venció? fué Wellington? no, porque sin la ayuda de Blücher estaba perdido. Fué Blücher acaso? no; porque si Wellington no hubiera empujado, Blücher no hubiera podido concluir.

Cambronne, ese pasajero de última hora, ese soldado desconocido, ese átomo de la guerra, comprende que hay mentira en aquella catástrofe, doblemente punzante, y que en el momento en que estalla de rabia le ofrecen, por irrisión, la vida... ¡Cómo no ha de protestar!...

Allí están todos los reyes de Europa, los generales afortunados, los Júpiter Tonantes, arrastrando cien mil soldados victoriosos, y tras los cien mil, un millon; sus cañones, con las mechas encendidas, dan un momento de tregua, cuando ya tienen á sus piés la Guardia imperial y al gran ejército; acaban de estrellar á Napoleon y no queda con las armas en la mano más que Cambronne; solo queda para protestar un gusano, pero el gusano protestará. Entonces éste busca una palabra como se busca una espada; sale espuma de sus labios, y esa espuma es la palabra. Ante aquella victoria prodigiosa y mediocre,

ante aquella victoria sin vencedores, ese desesperado se levanta erguido y se somete á sus terribles consecuencias, pero hace constar su nulidad; hace más, la escupe, y abrumado por el número, por la fuerza y por la materia, halla en el alma expresion que aplicarla: el excremento.

El espíritu de los grandes dias inspiró á ese hombre desconocido en aquel minuto fatal. Cambronne encuentra la palabra de Waterlío, como Rouget de L' Isle encontró la Marsellesa, por inspiracion del cielo. Un efluvio del huracán divino se desprende y pasa por la mente de los dos hombres, que se estremecen inspirados, y el uno entona el canto supremo y el otro lanza el grito terrible. Aquella palabra de desden titánico, Cambronne no la arroja solo á Europa en nombre del imperio, la lanza tambien al pasado en nombre de la revolucion. Al oirla se reconoce que Cambronne posee el alma antigua de los gigantes; parece que es Danton que habla ó Kleber que ruge.

Á la palabra de Cambronne contestó una voz inglesa: "Fuego!," Las baterías arrojaron llamas, la colina tembló; de las formidables bocas de bronce salió el último y espantoso vómito de metralla, se levantó vasta nube de humo, que blanqueó la argentada luz de la luna, y cuando se disipó la humareda, ya no se vió en pié ni un soldado de la Guardia imperial; la Guardia de Napoleon habia ya muerto. Las cuatro murallas del cuadro viviente yacían en tierra: apenas se agitaba ya ningun hombre en las convulsiones de la muerte, y las legiones francesas, más grandes que las legiones romanas, espiraron en Mont-Saint-Jean, en tierra empapada en lluvia y sangre, entre los trigos, en el sitio por donde pasa hoy á las cuatro de la madrugada, á caballo, el conductor José, que presta alegremente el servicio del correo de Nivelles.

XVI.

Quot libras inducet?

La batalla de Waterlío es un enigma tan oscuro para los que la ganaron como para los que la perdieron. Para Napoleón fué un pánico (1).

(1) La batalla concluida y ganada, reparacion de falsas medidas, mayores triunfos asegurados para el dia siguiente, todo se perdió por un momento de terror pánico.

(NAPOLÉON, *Memorias de Santa Elena.*)

Blücher no vió en ella más que fuego; para Wellington fué incomprendible, como lo prueban sus comunicaciones oficiales. Los boletines están confusos, los comentarios embrollados; éstos balbucean, aquellos tartamudean. Jomini divide la batalla de Waterlío en cuatro momentos; Muffing la separa en tres peripecias; Charras, aunque discrepamos de él en algunas apreciaciones, es el único que aprecia con certero golpe de vista los lineamientos característicos de aquella catástrofe del génio humano en su lucha con el azar divino. A los demás historiadores les deslumbra esta batalla, y como están deslumbrados, andan á tientas. Jornada fulgurante fué, en efecto, la del hundimiento de la monarquía militar, que, dejando á los reyes estupefactos, arrastró consigo todos los reinos; fué la caída de la fuerza, la derrota de la guerra.

En este acontecimiento, que lleva impreso el sello de la necesidad sobrehumana, no tienen los hombres parte alguna.

Suprimir la fama conseguida en Waterlío á Wellington y á Blücher, no es quitar nada á la Inglaterra ni á la Alemania, ni la ilustre Inglaterra ni la augusta Alemania tienen nada que ver con el problema de Waterlío. Gracias al cielo, los pueblos son grandes sin necesidad de las lúgubres aventuras de la espada. Ni la Inglaterra ni la Alemania dependen de ella. En esa época en que Waterlío solo es un ruido de sables, por encima de Blücher la Alemania tiene á Goethe, y la Inglaterra por encima de Wellington á lord Byron. En la aurora del vasto sol naciente de las ideas de nuestro siglo brillan esas dos naciones con magnífico esplendor. Son majestuosas porque piensan. La elevacion del nivel que dan á la civilizacion les pertenece intrínsecamente, procede de ellas, no de cualquier accidente. Su engrandecimiento en el siglo diez y nueve no trae su origen de Waterlío. Solo los pueblos bárbaros tienen crecidas súbitas despues de una victoria. Esto solo es la vanidad pasajera de los torrentes que hincha la tormenta. Los pueblos civilizados, sobre todo en la época actual, ni se elevan ni se rebajan por la buena ó por la mala fortuna de un capitán. Su peso específico sobre el género humano depende de algo más que de un combate. A Dios gracias, su honor, su dignidad, su luz y su génio no son números que pueden poner á la lotería de

las batallas los jugadores que se llaman conquistadores y héroes. Con frecuencia una batalla perdida conquista un progreso. Cuanto menos gloria, más libertad. El tambor calla y la razon recobra la palabra. Es el juego del ganapierde. Examinemos con frialdad la batalla de Waterlío por ambas partes. Demos al azar lo que es del azar y á Dios lo que es de Dios. Qué fué Waterlío? ¿Una victoria? No. Fué un quintero. Quintero que ganó la Europa y que pagó la Francia.

No merecia la pena de poner allí un leon.

Por lo demás, Waterlío es el encuentro más extraño que ofrece la historia: Napoleon y Wellington, que no son enemigos, son contrarios. Dios, que se complace en las antítesis, no produjo nunca contraste tan notable ni careo tan extraordinario. Uno de ellos representa la precision, la prevision, la geometría, la prudencia, la retirada asegurada, las reservas bien dispuestas, la sangre fria tenaz, el método imperturbable, la estrategia que aprovecha el terreno, la táctica que equilibra los batallones, la matanza tirada á cordel, la guerra arreglada con reloj en mano, el antiguo valor clásico, la correccion absoluta: el otro contrario representa la intuicion, la adivinacion, una ciencia militar extraña, el instinto sobrehumano, la ojeada llameante que mira como el águila y hiere como el rayo, el arte prodigioso, todos los misterios de un alma profunda, la asociacion con el destino, el déspota que llega á tiranizar el campo de batalla, la fé en la suerte unida á la ciencia estratégica y engrandeciéndola, pero turbándola; Wellington fué el Barême de la guerra, Napoleon el Miguel Angel, y esa vez el cálculo venció al génio.

Ambas partes esperaban socorro y el calculador exacto fué el que lo consiguió. Napoleon esperaba á Grouchy y no fué; Wellington esperaba á Blücher y llegó.

Wellington es la guerra clásica que toma su revancha. Bonaparte en la aurora de su sol la encontró en Italia y la batió heroicamente. La vieja lechuza huyó ante el jóven buitres. Anonadó la táctica antigua y la escandalizó. ¿Quién era ese corso de veintiseis años, qué significaba ese ignorante espléndido, que teniéndolo todo en contra suya y nada en su favor, sin víveres, sin municiones, sin cañones, sin zapatos, casi sin ejército, con un puñado de hombres, contra masas

inmensas, se precipitaba sobre la Europa coligada y ganaba absurdamente victorias imposibles? ¿Quién era ese advenedizo de la guerra que tenía la insolencia de aparecer como un astro? ¿De dónde salía ese rayo furibundo que, casi sin tomar aliento y con el mismo juego de combatientes, pulveriza, uno despues de otro, los cinco ejércitos del emperador de Alemania, arrojando á Beaulieu sobre Alvinzi, á Wurmser sobre Beaulieu, á Mélas sobre Wurmser y á Marck sobre Mélas? La Academia militar lo excomulgaba, al mismo tiempo que cejaba ante él; de aquí provino el implacable rencor del viejo cesarismo contra el nuevo, el del sable correcto contra la espada flamíjera, el del tablero contra el génio. El 18 de Junio de 1815, ese rencor se vengó, y debajo de Lodi, de Montebello, de Mántua, de Marengo y de Arcole escribió: Waterlloo. El triunfo de los mediocres halaga á las mayorías. El destino consintió esta ironía. Napoleón en su decadencia encontró ante él á Wurmser jóven; para que Wellington fuera éste realmente, bastaría blanquearse el caballo.

Waterlloo es una batalla de primera clase ganada por un capitán de segundo órden.

La Inglaterra es lo que hay de admirable en la batalla de Waterlloo; la firmeza, la resolucion, la sangre inglesa; lo que allí fué magnífico fué Inglaterra, no su capitán, sino su ejército.

Wellington, caprichosamente ingrato, declara en una carta dirigida á lord Bathurst que su ejército, el ejército que se batió el 18 de Junio de 1815, era "un ejército detestable". ¿Qué pensarán de esa frase los montones de huesos enterrados en los surcos de Waterlloo?

La Inglaterra ha sido demasiado modesta tratándose de Wellington; engrandecerlo tanto fué empequeñecerse ella. Wellington es un héroe como otro cualquiera. Pero la magnificencia de la renombrada batalla pertenece á los escoceses grises, á los guardias de á caballo, á los regimientos de Maitland y de Mitchell, á la infantería de Pack y de Kempt, á la caballería de Ponsomby y de Somerset, á los highlanders que tocaban la cornamusa recibiendo la metralla, á los bisoños reclutas de los batallones de Rylandt, que apenas sabian manejar el fusil y hacian frente á los veteranos de Essling y de Rívoli. La tenacidad fué el mérito que tuvo Wellington, y no se lo escaseamos, pero el último

de sus ginetes y de sus infantes fué tan obstinado como él. El soldado de hierro valió tanto como el duque de hierro.

Nosotros glorificamos al soldado, al ejército, al pueblo inglés. Si hubo trofeos, la Inglaterra los mereció. La columna de Waterlloo seria más justa, si en vez de la figura de hombre ostentase en su cúspide la estatua de un pueblo.

Quizás Inglaterra se irrite por lo que aquí decimos. Conserva aun, despues de su 1688 y del 1789 francés, la ilusion feudal. Cree en el derecho de herencia y en la gerarquía. Ese pueblo, al que ninguno sobrepuja en poder ni en gloria, se estima á sí mismo como nacion, pero no como pueblo. Como pueblo se subordina espontáneamente á la direccion de cualquier lord. Obrero, deja que le desprecien, y soldado, se deja apalear. Recordamos que en la batalla de Inkerman, un sargento que, segun se cree, salvó al ejército, no pudo mencionarlo lord Raglan, porque no permite la gerarquía inglesa citar en ningun parte á ningun héroe de menor graduacion que un oficial.

Lo que sobre todo admiramos en el encuentro de Waterlloo es la prodigiosa habilidad del acaso. La lluvia nocturna, la muralla oculta de Hougomont, el barranco de Ohain, Grouchy, sordo al estampido del cañon; el guia de Napoleón, que le engaña; el guia de Bulow, que le dirige bien; todo este cataclismo fué maravillosamente conducido.

Digámoslo de una vez: en Waterlloo hubo una mortandad excesiva con relacion á la batalla.

De todas las batallas ordenadas, Waterlloo es la que presenta menos frente con respecto al número de combatientes: el de Napoleón se extendia á tres cuartos de legua (francesa) y el de Wellington á media legua; á cada parte habia setenta y dos mil combatientes. De semejante amontonamiento de hombres provino la espantosa carnicería.

Se han formado el cálculo y la proporcion siguientes: Pérdida de hombres: en Austerlitz, franceses, el catorce por ciento; rusos, el treinta por ciento; austriacos, el cuarenta y cuatro por ciento. En Wagram, franceses, el trece por ciento; austriacos, el catorce. En Moskowa, franceses, el treinta y siete por ciento; rusos, el cuarenta y cuatro. En Bautzen, franceses, el trece por ciento; rusos y prusianos, el catorce. En Waterlloo, franceses, el cincuenta y seis por ciento; aliados, el treinta y uno. Total de muertos en Waterlloo, el cuarenta y uno por

ciento. De ciento cuarenta y cuatro mil combatientes, sesenta mil muertos.

El campo de Waterlloo ofrece hoy la tranquilidad propia de la tierra, que es el sustentáculo impasible del hombre, y se parece á todas las llanuras.

Por la noche, sin embargo, despréndese de dicho campo una especie de bruma fantástica, y si algun viajero lo recorre, lo observa, escucha y medita en él, como Virgilio en las funestas llanuras de Filipos; se siente sobrecogido por la alucinacion de la catástrofe. Revive en su mente el 18 de Junio; bórrase la falsa columna monumental; se desvanece el leon y el campo de batalla recobra su realidad; las líneas de la infantería ondulan en la llanura, y galopes furiosos atraviesan el horizonte. El pensador, espantado, vé el brillo de los sables, el resplandor de las bayonetas, el flamear de las bombas y el choque monstruoso de los elementos; y oye, como el estertor que sale del fondo de la tumba, el vago clamor de la batalla fantástica. Estas sombras son los granaderos; esos resplandores son los coraceros; aquel esqueleto es Napoleón, aquel otro es Wellington: todo esto no existe ya, pero aun se choca y combate, y los barrancos se tiñen de sangre, los árboles se estremecen, hasta las nubes respiran venganza; y cuando llega la hora de las tinieblas, las feroces alturas de Mont-Saint-Jean, de Hougomont, de Frischemont, de Papelotte y de Plancenoit, aparecen confusamente coronadas de torbellinos de espectros, que sin tregua se exterminan unos á otros.

XVII.

Fué bueno el resultado de Waterlloo?

Existe una escuela liberal respetabilísima que no ódia á Waterlloo; nosotros no pertenecemos á ella. Para nosotros, Waterlloo solo es la fecha estupefacta de la libertad. Que esta águila haya salido de aquel huevo es verdaderamente inesperado.

Considerado Waterlloo desde el punto culminante de la cuestion, es intencionalmente una victoria contrarrevolucionaria. Es Europa contra Francia; es San Petersburgo, Berlin y Viena contra Paris; es el *statu quo* contra la iniciativa; es el 14 de Julio de 1789 atacado al través del 20 de Marzo de 1815; es el somatén de las monarquías contra la indomable revuelta francesa, y su objeto fué apagar de una vez el volcán del vasto pue-

blo francés, que estuvo en erupcion durante veintiseis años. Este objeto consiguió la solidaridad de los Brunswick, de los Nassau, de los Romanoff, de los Hohenzollern, de los Hapsburgos y de los Borbones. Waterlloo lleva á la grupa el derecho divino. Por otra parte, como el imperio fué despótico, en virtud de la reaccion natural de las cosas, la monarquía tradicional debia ser forzosamente liberal, y nació de Waterlloo un régimen constitucional contra la voluntad de los vencedores. Como la revolucion no puede ser verdaderamente vencida, y es providencial y absolutamente fatal, vuelve á aparecer siempre: antes de Waterlloo, con Bonaparte, que derriba los tronos decrepitos; despues con Luis XVIII, que otorga y se somete á la Carta constitucional. Bonaparte pone á un postillon en el trono de Nápoles y á un sargento en el trono de Suecia, empleando la desigualdad para demostrar la igualdad: Luis XVIII rubrica en Saint-Ouen la declaracion de los derechos del hombre. ¿Queremos explicarnos lo que es la revolucion? Pues llamémosla Progreso. ¿Queremos explicarnos lo que es Progreso? Pues llamémosle Mañana. Mañana ejecuta su tarea irresistible, y la ejecuta hoy y alcanza siempre lo que se propone de un modo extraño. Emplea á Wellington para convertir á Foy en orador; á Foy, que solo era un soldado. Foy cae en Hougomont y se levanta en la tribuna. Así procede el progreso, que es un obrero para el que no hay herramienta mala. Ajusta á su trabajo divino, lo mismo al hombre que ha atravesado los Alpes, que al enfermo y vacilante del padre Eliseo. Lo mismo se sirve del gótico que del conquistador. Al poner término Waterlloo á la demolicion de los tronos europeos por medio de la espada, ha producido el efecto de hacer continuar el trabajo revolucionario por otro lado. El militarismo concluyó y llegó su turno á los pensadores. El siglo que Waterlloo queria detener ha pasado por encima de él, prosiguiendo su camino. Esta victoria siniestra fué vencida por la libertad.

Es incontestable que fué la contrarrevolucion lo que triunfaba en Waterlloo; lo que sonreía detrás de Wellington; lo que le entregaba todos los bastones de mariscal de Europa; lo que hacia rodar alegremente las carretadas de tierra, llenas de huesos, para elevar el cerro del Leon; lo que hizo inscribir triunfalmente en su pedestal la fecha de 18 de Junio de 1815; lo que animaba á Blücher á

acuchillar y rematar á los derrotados; lo que desde lo alto de la meseta de Mont-Saint-Jean se inclinaba sobre la Francia como sobre una presa. La contrarrevolucion era la que murmuraba esta palabra infame: Desmembracion. Pero al llegar á Paris vió el cráter de cerca, sintió que sus cenizas le quemaban los pies y varió de opinion. Entonces tartamudeó una Carta constitucional.

No veamos en Waterlloo lo que no hubo allí; ninguna libertad intencional. La contrarrevolucion era liberal involuntariamente, como Napoleon; era un fenómeno análogo, era revolucionario contra su voluntad. El 18 de Junio de 1815 Robespierre á caballo perdió los estribos.

XVIII.

Reorudescencia del derecho divino.

Terminada la dictadura echó abajo todo un sistema europeo. El imperio francés se desmoronó en una sombra parecida á la del mundo romano espirante. Volvióse á ver el abismo como en tiempo de los bárbaros; solo que la barbarie de 1815—á la que llamaremos contrarrevolucion—tenía poco aliento, se desanimó pronto y se detuvo. El imperio, lo confesamos imparcialmente, fué llorado, y llorado por ojos de héroes. Si la gloria consiste en convertir la espada en cetro, el imperio fué verdaderamente la gloria. Derramó por la tierra toda la luz sombría que la tiranía puede derramar. Comparándola con la luz del dia, fué la luz de la noche, pero la desaparicion de esa noche produjo el efecto de un eclipse.

Luis XVIII regresó á Paris. Los bailes del 8 de Julio borraron el entusiasmo del 20 de Marzo. El corso se convirtió en antitesis del bearnés. Enarbolóse en la cúpula de las Tullerías la bandera blanca. El desterrado se sentó en el trono. La mesa de pino de Hartwell se colocó delante del sillón flordelisado de Luis XIV. Hablóse de Bouvines y de Fontenoy como de sucesos de ayer, y Austerlitz habia envejecido. El altar y el trono fraternizaron majestuosamente. En Francia y en el continente se estableció una de las formas menos disparatadas de la salvacion de la sociedad en el siglo diez y nueve. La Europa se puso la escarapela blanca. Trestaillon se hizo célebre. La divisa *non pluribus impar* volvió á aparecer en medio de rayos de piedra, figurando un sol, en la fachada del cuartel del muelle de Orsay. Donde

estaba instalado un punto de guardia imperial se puso una casa roja. El arco del *Carrousel*, cargado de victorias ya insoportables, extrañó á las recientes novedades, vergonzoso quizá de Marengo y de Arcole, salió del paso con la estatua del duque de Angulema. El cementerio de la Magdalena, terrible fosa comun de 1793, fué cubierto de mármol y de jaspe por haberse encontrado allí los huesos de Luis XVI y de María Antonieta. En el foso de Vincennes apareció un monumento recordando que el duque de Enghien murió en el mismo mes en que Napoleon fué coronado. El Papa Pio VII, que consagró la coronacion tan próxima á la muerte del duque, bendijo tranquilamente la caida del emperador como habia bendecido su elevacion. Fué sedicioso llamar rey de Roma á un niño de cuatro años que estaba en Sænbrun. Todos los reyes volvieron á sus tronos; el dueño de Europa fué encerrado en una jaula, se restableció el antiguo régimen, y la luz y la sombra de la tierra cambiaron de sitio, porque en la tarde de un dia de verano, un pastor, que era guia, dijo en un bosque á un oficial prusiano:—Pasad por aquí y no paseis por allí.

1815 fué una especie de Abril lúgubre. Las realidades antiguas, nocivas y venenosas, se cubrieron con la apariencia de la novedad. La mentira se casó con 1789; el derecho divino se enmascaró con una Carta; las farsas se hicieron constitucionales; las supersticiones, las preocupaciones y los pensamientos ocultos se barnizaron de liberalismo, escondiendo en el corazon el artículo 14. Cambio de piel de las serpientes.

Napoleon engrandeció y rebajó á la vez al hombre. Lo ideal, bajo el reinado de la materia espléndida, tomó el nombre extraño de ideología. Grande imprudencia fué en un grande hombre ridiculizar el porvenir. Los pueblos, esto no obstante, la carne de cañon tan enamorada del artillero, le buscaban por todas partes. Dónde está? qué hace?—Napoleon ha muerto—decia un transeunte á un inválido de Marengo y de Waterlloo.—*Muerto!* le contestó el soldado. *No le conoceis!*...—Las imaginaciones inmortalizaban al hombre derribado. Despues de Waterlloo fué tenebroso el fondo de Europa. Durante mucho tiempo causó gran vacío la ausencia de Napoleon.

Los reyes se colocaron en ese vacío. La vieja Europa le aprovechó para reformarse. Hubo una Santa-alianza. ¡Be-

lla-alianza dijo ya de antemano el campo fatal de Waterlloo!

En presencia y frente á frente de la antigua Europa rehecha se bosquejaron los rasgos de la Francia nueva. El porvenir, que ridiculizó el emperador, hizo su entrada solemne llevando en la frente la estrella de la libertad. Los ojos ardientes de las generaciones jóvenes se volvieron hácia él, y ¡cosa singular! se enamoraron al mismo tiempo del porvenir Libertad y del pasado Napoleon. La derrota engrandeció al vencido, y Bonaparte, caido, parecia más alto que Napoleon en pie. Los vencedores tuvieron miedo. Inglaterra puso por carcelero del gigante derribado á Hudson Love y Francia hizo que le espiera Montchenu. Los brazos cruzados de Napoleon alarmaron á los tronos. Alejandro le llamaba: Mi insomnio. La alarma procedia de la cantidad de revolucion que encontraban en él, lo que explica y escusa el liberalismo bonapartista. El fantasma hacia temblar al mundo viejo. Los reyes reinaron con cierto malestar mientras tuvieron á la vista la roca de Santa Elena.

Mientras Napoleon agonizaba en Longwood, yacian pudriéndose tranquilamente en el campo de Waterlloo los sesenta mil hombres muertos allí, y algo de su paz se difundió por el mundo. El Congreso de Viena celebró los tratados de 1815 y la Europa llamó á esto la Restauracion.

Hé aquí lo que fué Waterlloo.

Pero todo esto, ¿qué le importa al Infinito? Esa tempestad, ese nublado, esa guerra, y luego la paz, no turbó ni un solo momento el resplandor del ojo inmenso, ante el que un pulgon, saltando de hoja en hoja, es igual al águila que vuela de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora.

XIX.

El campo de batalla por la noche.

Es una necesidad de esta obra que volvamos al campo de batalla.

El 18 de Junio de 1815 habia luna llena, y su claridad favoreció la feroz persecucion de Blücher, denunció las huellas de los fugitivos, entregó las masas desordenadas á la caballería prusiana y ayudó á la matanza. La noche se complace á veces en ser testigo de esas catástrofes.

Despues de disparar el último cañona-

zó, quedó desierta la llanura de Mont-Saint-Jean. Los ingleses ocuparon el campamento de los franceses. La comprobacion habitual de la victoria es acostarse en el lecho del vencido.

Establecieron su vivac más allá de Rossomme. Los prusianos continuaron adelante persiguiendo á los derrotados. Wellington fué á la aldea de Waterlloo á redactar el parte para lord Bathurst.

Si alguna vez es aplicable el *sic vos non vobis*, lo es á la aldea de Waterlloo. Waterlloo no intervino para nada en la batalla, y está situada á media legua de ésta. Mont-Saint-Jean fué cañoneado, Hougomont, Papelotte y Plancenoit fueron incendiados, la Haie-Sainte tomada por asalto, y la Bella-alianza presenció el abrazo de los dos vencedores; sin embargo, los nombres que acabamos de citar han quedado desconocidos, y Waterlloo se ha coronado con toda la gloria de aquella jornada.

No somos aduladores de la guerra, pero cuando se presenta la ocasion decimos siempre la verdad. La guerra tiene bellezas horribles que no hemos ocultado, pero tiene tambien fealdades repugnantes. Una de las más sorprendentes es el rápido despojo de los muertos despues de la victoria. La alborada que sigue á la noche de una batalla ilumina siempre cadáveres desnudos.

Quién hace esto? ¿Quién mancha así el triunfo? ¿Qué asquerosa mano furtiva se introduce en el bolsillo de la victoria? ¿Qué rateros son los que roban detrás de la gloria? Algunos filósofos, entre ellos Voltaire, afirman que son los mismos que la conquistan. Son los mismos, dice; no cabe sustitucion: los que quedan en pie saquean á los que están por tierra. El héroe del dia es el vampiro de la noche. Despues de todo, parece que tenga derecho á despojar á un muerto el que lo mató. Nosotros no lo creemos así. Nos parece imposible que una misma mano recoja laureles y robe los zapatos á un cadáver.

Lo cierto es que ordinariamente despues de los vencedores vienen los ladrones. Pongamos, sin embargo, al soldado, sobre todo al soldado contemporáneo, fuera de cuestion.

Todo ejército tiene su cola, y á ésta es á la que debe acusarse. Se compone esta cola de seres murciélagos, mitad criados y mitad bandidos, de toda clase de aves nocturnas que engendra el crepúsculo de la guerra, que llevan uniforme y no combaten; enfermos fingidos, cojos terri-

bles, cantineros contrabandistas, á los que á veces acompañan sus mujeres, que roban y venden lo que roban; mendigos que se ofrecen como guías á los oficiales; granujas, merodeadores; todo este séquito de los ejércitos de otros tiempos, que en el lenguaje especial militar se conocían con el nombre de "los rezagados".

Ningun ejército y ninguna nacion era responsable de semejante hez; hablaban italiano y seguían á los alemanes; hablaban francés y seguían á los ingleses. Uno de estos miserables, rezagado español, que hablaba francés, engañó al marqués de Fervaques con su charla, hasta el punto de tomarle por compatriota; se fió de él y él lo mató á traicion, para robarle en el mismo campo de batalla la noche que siguió á la victoria de Cernolles. La detestable máxima de *vivir á costa del enemigo* produjo esta lepra, que solo podía curar rigurosísima disciplina. Hay celebridades engañosas, y algunas veces no se sabe por qué ciertos generales, grandes por otros motivos, han sido tan populares. Los soldados adoraban á Turena porque les toleraba el pillaje; consentir el mal forma parte de la bondad, y Turena era tan bueno, que dejó entrar á sangre y á fuego en el Palatinado. Detrás de los ejércitos iban mayor ó menor número de merodeadores, segun la mayor ó menor severidad del jefe. Hoche y Marceau no llevaban rezagados; Wellington, debemos hacerle justicia, muy pocos.

Sin embargo, en la noche del 18 al 19 de Junio se despojó á los muertos. Wellington fué rígido y dió la orden de fusilar á todo el que fuese cogido en flagrante delito; pero la rapiña es tenaz. Los merodeadores estaban robando en un extremo del campo mientras los fusilaban en el otro.

La luna vertía luz siniestra sobre la llanura. Sobre las doce de la noche un hombre caminaba arrastrándose por el lado del camino hondo de Ohain. Era, al parecer, uno de esos seres que acabamos de caracterizar, ni inglés, ni francés, ni soldado, ni paisano; menos hombre que hiena, que le atraía á robar el olor de carne muerta, y á eso acudía al campo de batalla de Waterlloo. Llevaba una blusa parecida á una esclavina ceñida, é inquieto y atrevido, marchaba hácia adelante, mirando hácia atrás. ¿Quién era aquel hombre? Probablemente la noche le conocía más que el día. No llevaba morral, pero es indudable que tenía

grandes bolsillos debajo de la esclavina-capote. De vez en cuando se detenía, examinaba á su alrededor la llanura como para ver si le observaba alguno, se bajaba bruscamente, revolvía en tierra un objeto silencioso é inmóvil, y luego se enderezaba y huía de aquel sitio. Su modo de escurrirse, sus actitudes, su gesto rápido y misterioso, le daban cierta semejanza á las larvas crepusculares que frecuentan las ruinas y que llaman *Andantes* las antiguas leyendas normandas. Ciertas aves nocturnas forman esta clase de figuras en los pantanos.

El que mirara atentamente al través de la bruma, hubiera podido distinguir á cierta distancia una especie de carro de vivandero con toldo de mimbres, embreado, del que tiraba un hambriento rocín, que pacía las ortigas al través del freno, parado y escondido detrás de un caseron que rodea la calzada que vá desde Mont-Saint-Jean á Braine-l'Alleud. En el susodicho carro estaba sentada una mujer sobre lios y baules. Quizás existía algun lazo de union entre el carro y el merodeador.

Ni una nube empañaba el limpio azul del horizonte. Aunque la tierra estaba roja, la luna continuaba siendo blanca, como manifestando la indiferencia del cielo. Las ramas de los árboles que rompió la metralla, pero que no habian caído y estaban aun sujetas á la corteza, se balanceaban en la pradera suavemente impulsadas por el sople ligero del viento de la noche. Un aliento, casi una respiracion, agitaba las malezas. Habia temblores en la yerba parecidos á los de las almas al abandonar los cuerpos.

Oíase á lo lejos el ir y venir de las patrullas y de las rondas del campamento inglés.

Continuaban ardiendo Hougomont y la Haie-Sainte, formando dos grandes hogueras, una al Oeste y otra al Este, á las que venia á juntarse, como un collar desatado de rubies con dos carbunclos á los extremos, el cordon de fuegos del vivac inglés, que se extendía en inmenso semicírculo por las colinas del horizonte.

Referimos antes la catástrofe del barranco de Ohain. El corazon se espanta al pensar lo que fué aquella muerte para tantos valientes.

Si hay algo más espantoso, si existe una realidad más horrible que el más horrible sueño, fué dicha manera de morir: vivir, ver el sol, poseer la fuerza viril, disfrutar de salud y de alegría,

correr hácia la gloria, que se tiene á la vista; sentir en el pecho el pulmon que respira, el corazon que late, la voluntad que raciocina; pensar, esperar, amar, tener madre, mujer ó hijos; y de repente, en el instante que se invierte en lanzar un grito, hundirse en el abismo, caer, rodar, aplastar y ser aplastado, ver ramas y no poder agarrarse á ellas ni á nada, ver inútil el sable, tener hombres debajo y caballos encima, y debatirse en vano, ahogarse, aullar, retorcerse, estar en el fondo y decirse: ¡Hace un instante yo vivía!...

Donde ocurrió tan lamentable desastre reinaba ahora completo silencio. La zanja del camino hondo estaba llena de caballos y de ginetes inextricablemente amontonados. Terrible enredamiento!

Los cadáveres nivelaban el camino con la llanura y llegaban al ras del borde como medida de cebada muy colmada. Un monton de muertos en la parte alta y un rio de sangre en la parte baja, era el camino hondo en la noche del 18 al 19 de Junio de 1815. La sangre corria hasta la misma calzada de Nivelles, y al llegar allí se extendía en un ancho lago, delante de la tala de árboles que cerraba el paso de la calzada, en el sitio que hoy se enseña aun. Recuérdese que fué en el punto opuesto, hácia la calzada de Genappe, donde ocurrió el desastre de los coraceros. La espesura de los cadáveres era proporcionada á la profundidad del camino hondo. Hácia el medio, en el sitio en que estaba el llano, por donde pasó la division Delord, la capa de los muertos era más delgada.

El vagabundo nocturno, que acabamos de describir, iba por este lado escudriñando aquella inmensa tumba, mirando, pasando asquerosa revista á los muertos y hundiendo los piés en charcos de sangre. De pronto se paró.

A algunos pasos de él, en el camino hondo, en el punto en que terminaba el monton de los muertos, por bajo de la masa confusa de hombres y de caballos, salía una mano abierta, que alumbraba la luna.

La mano tenía en el dedo una cosa que brillaba, una sortija de oro.

El hombre se encorvó, permaneció un momento agachado, y cuando se levantó ya no brillaba en ella la sortija. No se irguió completamente, permaneció en actitud feroz y medrosa, volviéndose de espaldas al monton de los muertos, escudriñando de rodillas el horizonte, con el cuerpo inclinado hácia adelante, apo-

yando en tierra los dos índices y sacando la cabeza por encima de la orilla del camino. A ciertas acciones convienen las cuatro patas del chacal.

Después, tomando un partido, se levantó.

En aquel momento se quedó sobresaltado. Sintió que le agarraban por detrás. Se volvió: la mano abierta estaba entonces cerrada y le habia cogido el faldon del capote.

Del hombre honrado se hubiera apoderado el terror; de éste se apoderó la risa.

—Calla! si es el muerto! dijo. Prefiero un aparecido á un gendarme.

La mano se fué aflojando y le soltó. El esfuerzo se agota pronto en la tumba.

—Veamos si está vivo este muerto, repuso el vagabundo.

Inclinóse otra vez, separó los obstáculos que le impedían llegar hasta la mano, la cogió, empuñó el brazo, separó la cabeza, sacó el cuerpo, y arrastró en la oscuridad del camino á un hombre inanimado ó desvanecido. Era un coracero, un oficial de rango superior, al que le salía una abultada charretera de oro por debajo de la coraza. Este oficial no conservaba el casco. Un terrible sablazo le destrozó la cara, en la que solo se veía sangre. Parecía no tener ningun miembro roto por feliz casualidad, si es posible usar esta palabra en su situacion; los muertos habian formado arco por encima de él, librándole de este modo de ser aplastado. Tenia cerrados los ojos. Sobre la coraza se veía la cruz de plata de la Legion de Honor.

El vagabundo le arrancó la cruz y se la escondió en el bolsillo. Después registró el chaleco del oficial, tentó el reloj y lo tomó. Le encontró tambien una bolsa y se la guardó como el reloj y como la cruz.

Entonces el oficial abrió los ojos.

—Gracias, dijo con voz muy débil.

Los movimientos bruscos del hombre que lo manejaba y el aire fresco de la noche respirado con libertad le sacaron del letargo.

El vagabundo no respondió, pero levantó la cabeza, porque oía en la llanura ruido de pasos: probablemente se acercaría alguna patrulla.

El oficial, con voz agonizante, preguntó:

—¿Quién ha ganado la batalla?

—Los ingleses, le contestó el vagabundo.

El oficial continuó diciendo: